



**Buenaventura Farías tenía 83 años** cuando se suicidó. Esta es una de las últimas fotos que se tomó.

# VIVIR Y MORIR EN LA MEGASEQUÍA

El 30 de agosto, Buenaventura del Carmen Farías, un campesino de Chalaco, en la Región de Valparaíso, se suicidó. Tenía 83 años y múltiples problemas derivados de la prolongada sequía que afecta la zona: había perdido siembras, ganado y, pocos días antes de fallecer, vendió las 20 vacas que le quedaban porque no tenía qué darles de comer. “Se va a secar todo”, repetía en sus últimas semanas de vida, recuerdan sus familiares. Su caso desnuda el drama que viven las familias que enfrentan la falta de agua y alimentos.

TEXTO Y FOTOS **JORGE ROJAS, DESDE PETORCA**

**“Mi papá miraba esto todos los días y decía: ‘Se va a perder todo’”, recuerda Orlando Farías.**



**Fue Chamorro** quien llegó con la mala noticia.

A las 10 de la mañana del viernes 30 de agosto, en Chalaco, una localidad de la provincia de Petorca, Chamorro, un perro mestizo de tamaño mediano y pelo blanco, bajó del cerro corriendo. Esquivó espinos y litres a gran velocidad, y se plantó en la entrada de la casa de Buenaventura del Carmen Farías Olivares, ladrando alborotado.

Sara Segura, esposa de Farías, se asomó pensando que su marido había regresado del monte, pero no: solo estaba el animal. Nunca antes lo había visto ladrar con tal ímpetu y, entonces, cuando ella salió a ver qué le pasaba, el perro enfiló hacia el cerro. Chamorro buscaba que lo siguieran. La mujer partió detrás suyo: trepó la pendiente,

abrió la puerta de una cerca, luego otra, y unos metros más allá atravesó una planicie de piedras. Después de 10 minutos de caminata, en el horizonte, debajo de un enorme molle o pimientito, como le llaman en Chalaco a estos árboles, divisó al caballo de Buenaventura Farías y a los tres perros: Chamorro, Campeón y Caruzo. “¿Qué hacen allí?”, pensó ella.

Como todos los días, Buenaventura Farías, de 83 años, había salido a las siete de la mañana de la casa a dejar a las cabras al monte y no correspondía que a esa hora —tan temprano— anduviera por allí. Sara Segura, motivada por la desesperación de que algo raro ocurría, gritó su nombre. Una, dos y tres veces, pero no respondió. Entonces, un mal presentimiento se apoderó de su cabeza. En frac-

ciones de segundos, decenas de tragedias se cruzaron en su mente, hasta que una escena terrorífica detuvo su marcha a metros del árbol. Allí, entre las ramas del molle, azuzadas por un cálido viento, estaba Buenaventura del Carmen Farías, muerto.



Rosa Farías, de 53 años, la segunda hija de Buenaventura, se pasea inspeccionando una pequeña granja que tiene afuera de su casa, también en Chalaco, muy cerca de la parcela de sus padres. Allí cría cabras, carneros, gallinas, un par de burros, un ternero y una vaca moribunda. Hace una semana, dice, el vacuno, que ahora está parado y con la piel pegada a los huesos, apenas podía rumiar.

—Le pusimos un arnés por

debajo de su guata y la mantuvimos dos semanas así, para que se parara —dice ella, apuntando a los dos troncos utilizados como barras paralelas, donde sostenían al animal.

No ha sido una semana fácil. En verdad —asegura—, el año entero ha sido malo. Más ahora con la muerte de su padre. Recorriendo la granja, Rosa cree que nada de lo que tienen y lo que saben sobre el campo habría sido posible sin el esfuerzo de Buenaventura.

—Él se crio entre las cabras... A mí a los 13 años me llevó a la cordillera a hacer queso —recuerda ella.

Buenaventura Farías nació en Pedernal, una localidad ubicada a un costado de Chalaco. A los 6 años —dice Rosa— su padre quedó huérfano, y a los 17 cruzó la frontera a caballo has-

ta San Juan, en Argentina, donde trabajó en una minera. Años más tarde regresó a Chile y se casó con Sara Segura. Primero nació Orlando, luego ella, y más tarde sus tres hermanas. Los siete se fueron a vivir a Chalaco, donde todos lo llamaban “don Ventura”. Allí, en 1979, él se asoció con otros 21 campesinos del sector para comprarle al fisco las 14 mil hectáreas que antiguamente habían conformado el “Fundo Chalaco”. Para hacerlo, dieron un pie de 700 mil pesos —un monto alto para la época— y el resto fue pactado en cuotas. Rosa Farías recuerda los malabares que hizo su padre para juntar el dinero:

—Cuando acá se armó el fundo, para poder ser socios mi padre vendió animales. Él siempre nos decía: “Yo di la plata y los dejé sin comer a ustedes”.

El esfuerzo tuvo su recompensa el 14 de octubre de 1979, cuando se constituyó la Sociedad Agrícola y Ganadera Chalaco Limitada. La misma historia que cuenta Rosa es la que ha escuchado Fernando Acosta, de 45 años, actual presidente de la sociedad e hijo de uno de los fundadores ya fallecidos.

—Don Ventura siempre me contaba que en aquellos años sus hijos pasaron hambre, porque a ellos les interesaba juntar la platita para tener sus propias tierras y lo hicieron —dice Acosta.

Por aquel tiempo, lo primero que decidieron los campesinos fue repartir algunas hectáreas de tierra entre todos los socios, donde se instalaron las casas particulares de cada uno de ellos, junto con los terrenos para las siembras. Allí plantaban trigo, lentejas, garbanzos, verduras, cebollas, tomates, zapallos, uvas, porotos, maíz, y hasta la curahuilla para hacer las escobas.

Fernando Acosta describe un lugar que ya no existe. Alrededor suyo todo está seco. En



**El 28 de agosto, Orlando Farías** acompañó a su padre a vender las últimas vacas que le quedaban. Por cada una le pagaron 50 mil pesos. Cuando regresaban, su hijo recuerda que su padre dijo una frase que hoy suena a despedida: “Ya, salimos de esto”.

Chalaco, hasta las tunas y los litres han comenzado a morir. Nada comparado con aquellos años cuando él, siendo aún adolescente, veía brotar el agua incluso por debajo de las casas, como ocurrió en 1987, cuando entre julio y agosto se registró el mayor temporal que recuerdan por allí, con más de 700 milímetros de agua caída en 15 días seguidos de lluvias, muy lejos de los escasos 14 milímetros aproximados que llevan acumulados este año en el valle.

—En ese tiempo existía mucho la unión. En los años buenos, cada viejito pescaba su yunta de bueyes y se ayudaban unos con otros. Primero sembraban un potrero de un socio, luego se iban al de otro y así —explica Acosta—. Una vez al año, cada familia tenía la obligación de dar 100 kilos de trigo

y con la venta de ese grano se pagaban las cuotas de la tierra.

Acosta es miembro de la agrícola desde 1996, cuando asumió la sucesión de su padre, luego de que este falleciera de cáncer. Desde entonces, comenzó a compartir más con Buenaventura Farías, que por esos años llegó a ser presidente de la sociedad.

—Yo aprendí mucho de él y siempre se lo dije. Don Ventura era un hombre al que le gustaba escuchar las noticias, que andaba con su radio a pilas para arriba y para abajo, y estaba informado de toda la política y los cambios de leyes —dice.

En 1997, los campesinos se asociaron con un empresario santiaguino y ese año constituyeron la Sociedad Agrícola Chalaco S. A. Acosta recuerda que el trato establecía que ellos

pondrían 60 hectáreas y los derechos de agua de una quebrada que brotaba en la cordillera, y el socio aportaría el dinero para plantar mandarinos, nogales y naranjos. En 2000 ingresaron al negocio de los paltos, con 140 hectáreas de palta Hass orgánica. Cuatro años más tarde cosecharon por primera vez.

—Se las peleaban porque no tenían ningún producto químico. Las mandarinas y las naranjas se exportaban para China y Japón, y las paltas iban a los países árabes —dice Acosta, quien en la época era presidente de la sociedad—. Desde ese momento le empezó a llegar platita a los socios: 300 mil pesos mensuales a cada uno.

Ese año coincidió con otro hito que marcó la vida de los fundadores: cada una de las 22 familias recibieron las escrituras de las propiedades, por las seis hectáreas que en 1979 se habían repartido, donde habían establecido su hogar. Años más tarde, ese terreno aumentaría en 10 hectáreas más. Pero la bonanza duró solo hasta el verano de 2009.



Orlando Farías, de 55 años, el hijo mayor de Buenaventura, azuza a una veintena de cabras para que salgan de un corral. Los animales trotan hacia un bebedero rebosante de agua. Primero lo hacen las grandes, luego las más chicas, y después todas juntas regresan al corral. Desde que Buenaventura Farías murió, nadie las ha sacado al cerro nuevamente. Es más, el rebaño incluso ha mermado.

—Antes teníamos como 40 y ahora, el miércoles pasado, vendimos por la sequía. No se iban a salvar. Como mi padre ya no está, no hay quién las vea —dice, mientras cierra la puerta del corral—. Estas las vamos a dejar porque no puedo tener a mi mamá sin cabras. Si se las



**En el campo de Buenaventura Farías, los animales siguen muriendo. Hace una semana falleció el último: uno de los tres terneros que no había querido vender. A ese, dice la familia, lo mató la helada y la falta de leche materna.**

quito se puede enfermar.

Orlando Farías recibió apenas 17 mil pesos por cada cabra. Al igual que su hermana Rosa, aprendió todo lo que sabe sobre agricultura mirando a su padre.

—Nosotros trabajábamos juntos, unidos siempre —agrega, mientras sube el cerro.

En el campo, Farías está a cargo de regar 40 paltos, unos nogales y algunos olivos, pero la mayor parte de su tiempo se lo entrega a una agrícola donde está contratado desde hace cuatro años. Desde la muerte de su padre, sin embargo, está de vacaciones. El hombre camina hacia la antigua casa que tenía la familia, a 20 minutos de donde viven actualmente. Allí quedan solo los cimientos de una vivienda de piedra con techo de paja de trigo, que dejaron de habitar luego que un terremoto ocurrido en 1971 la partiera por la mitad. Farías mira alrededor y a cada lugar seco que ve, a sus 360 grados, le busca un recuerdo verde.

—Acá había unos duraznos y

hasta parronales. Todo esto lo sembrábamos nosotros. Crecía la cebada, el trigo y el maíz. Ahí estaba el corral de los bueyes... y en ese río hasta truchas pillé —cuenta.

Farías llega a la cima del cerro. Desde allí se ve el valle, una veintena de molles (pimientos) y un territorio que, salvo por las empresas agrícolas, las únicas que mantienen el privilegio de la tierra verde, bien podría parecer un desierto. Antes, hasta 2009, el año en que según dicen comenzó la sequía, todo era muy distinto.

—Desde ahí a ese tranque, todo se perdió. Esas eran hectáreas de puros naranjos y ahora solo quedan pimientos y piedras —recuerda.

En 2009, ante la falta de agua, la decisión de los socios de la agrícola fue dejar morir los naranjos. Luego, en 2013, tomaron la misma medida con las 140 hectáreas de paltos. Por entonces, sus dos afluentes de riego prácticamente se habían secado: por el río Petorca, donde

tenían un aprovechamiento de 60 litros por segundo, ya no corría una gota de agua; y el cauce de la cordillera, que llegó a producir 180 litros por segundo, apenas bajaba con dos litros. Ese año, toda la producción se perdió. De las 300 hectáreas de árboles que alguna vez tuvieron, para 2014 solo les quedaban 30 hectáreas de nogales, 18 de mandarinos y 8 de limoneros, que se mantienen hasta hoy. Desde esa fecha, los socios nunca más recibieron ingresos.

En esos años, Buenaventura Farías, además de la pérdida económica, debió enfrentar la muerte de dos familiares: un nieto, al que había criado como hijo y que falleció luego de que su caballo lo arrastrara por varios metros, y la de una hija, que murió por un coágulo en el pulmón. Orlando Farías dice que desde entonces su padre fue diagnosticado con depresión y que la enfermedad se fue acentuando por las preocupaciones generadas por la sequía, que entre 2015 y

2019 se intensificó a niveles nunca antes vistos.

Buenaventura Farías se fue ensimismando cada vez más. A mediados de este año, agrega su hijo, prácticamente no hablaba. Su rutina consistía en tomar desayuno con su esposa, llevar las cabras al cerro, regar los nogales y en la tarde acostarse a escuchar música y noticias en su radio a pilas.

—Mi papá miraba esto todos los días y decía: “Se va a perder todo” —explica Orlando.

La mayor preocupación eran sus animales: 20 vacunos, cerca de 40 cabras y algunos caballos. Como el año pasado no hubo agua para sembrar forraje, Buenaventura Farías llevaba prácticamente todo el año comprándoles pasto, hasta que la situación se hizo insostenible cuando la paja, que antes se vendía a 2 mil pesos el fardo, se comenzó a transar a 8 mil, y tres vacas se le murieron por falta de comida. Fue entonces que decidió venderlas. Una medida dolorosa para alguien que creía que los animales le habían dado todo lo que tenía.

—Me decía: “Vende los animales porque estamos perdiendo plata”. Así que los vendimos —cuenta Orlando.

Un miércoles de mediados de agosto, Buenaventura Farías, acompañado de su hijo, bajó de su casa con las vacas rumbo a la antigua oficina del fundo, donde se había instalado un camión a comprar animales. En una época buena, las vacas habrían sido pesadas y podría haber ganado hasta 300 mil pesos por cada una, pero ese día apenas consiguió que le pagaran 50 mil. Prácticamente fueron transadas al bulto, como un auto viejo que se vende como chatarra. De las 20 que tenía, conservó seis que no cupieron en el vehículo, pero el miércoles 28 de ese mismo mes, el comprador regresó a buscarlas.

—Le dio tristeza después

porque por sus animales él pudo entrar a la sociedad. Antes, la pobreza era muy grande y ahora esta sequía nos va a llevar para donde mismo —vaticina Orlando.

Ese día, cuando regresaban con algunos pesos en los bolsillos, su hijo recuerda que su padre dijo una frase que hoy suena a despedida: “Ya, salimos de esto”.

Dos días después, falleció.



Visto desde dentro del follaje, el molle parece un calamar gigante al que le salen gruesos tentáculos desde la tierra. Es como si al tronco original le hubiese crecido un siamés. Los molles, por allí, son de los pocos árboles nativos que han sobrevivido a la sequía. Tienen propiedades medicinales, son aromáticos, de aspecto llorón, de hojas perennes y —según dicen en Chalaco— toleran la falta de agua y se dan en cualquier suelo. Este, en particular, donde Buenaventura Farías murió, emerge de entre medio de un pedregal, como si antes por allí hubiese pasado un río.

Es primera vez que Orlando Farías viene hasta acá. En estos días, cuando ha debido ir al cerro, explica, rodea al molle por otra quebrada para no pasar cerca de él.

—Este lugar me provoca pura tristeza ahora, nada bueno —agrega.

Farías recuerda que ese día su madre lo llamó angustiada alrededor de las 10 de la mañana. Él estaba trabajando en la agrícola y apenas escuchó la noticia, salió corriendo.

—Cuando llegué, ya estaba muerto; no pude hacer nada.

El cuerpo de Buenaventura Farías estuvo bajo el molle prácticamente todo el día. A las pocas horas, decenas de vecinos, familiares y amigos habían llegado a prestar apoyo

emocional. “Mire lo que hizo don Ventura”, recuerda Orlando que decía su madre cada vez que un cercano le daba el pésame. Uno de ellos recordó que el día en que habían ido a vender las vacas, Buenaventura se había despedido como si no se fuesen a encontrar más: “Última vez que lo veo, compadre”, le dijo.

Esa tarde, la familia relató a la PDI sus últimos momentos de vida. Dijeron que se había levantado a las siete de la mañana, como todos los días, que había tomado desayuno con su esposa, que luego había partido al cerro con las cabras, su caballo y sus tres perros, y que pocas horas después uno de ellos, Chamorro, había ido a avisar de la tragedia. La motivación, aseguraron, fue la sequía.

—Yo lo veía apagado. Él conversaba poco, trataba de hablarle, pero al último no tenía tema. Lo tenía muy atemorizado la sequía. Todos los días se levantaba y veía el cielo, por si había nubes, y miraba aquellos cerros sin nieve.

Buenaventura tenía un talento único para predecir cómo vendrían los años y aunque desde hacía tiempo venía vaticinando “vacas flacas”, para él este 2019 era el peor en toda su vida: “Esta sequía es igual a la de 1969”, dice Orlando que repetía. El año de la “gran sequía”.

—Todo eso lo tenía aproblemado al hombre —agrega.

El funeral se realizó el domingo 1 de septiembre en la iglesia de Chincolco, una localidad cercana a Chalaco, y fue prácticamente todo el pueblo a despedirlo. Todos ellos, dice su hijo, estaban sufriendo las mismas penurias que acorralaron a su padre.

—De esto somos nosotros mismos los que tenemos la culpa. El tema de los plásticos, las industrias, así unos regue-

ros de humo todos los días, los vehículos, los aviones... y ese calor lo está agarrando todo el planeta, se están derritiendo los glaciares, el Polo Sur, no va a quedar nada. Esa es la pura verdad —dice con fatalismo.

Además del cambio climático, Farías cree que las compañías agrícolas que existen en la zona también son responsables de la sequía, por el uso indiscriminado del agua. Según el catastro frutícola de la Oficina de Estudios y Políticas Agrarias (Odepa), de diciem-

“  
Yo lo veía  
apagado. El  
conversaba poco,  
trataba de  
hablarle, pero al  
último no tenía  
tema. Lo tenía  
muy  
atemorizado la  
sequía  
”

bre de 2018, Petorca tiene casi 5 mil hectáreas de paltos, lo que equivale al 16 por ciento de la producción nacional. Pero Farías pone un matiz.

—Por una parte, es bueno que existan las agrícolas, pero por otra no, porque son pocas las aguas. Pero si no fuera por estos trabajos no habría nada acá, la gente no estaría ganando nada, habría más cesantía. Yo estoy conforme, las agrícolas sirven hartito. Todos los meses recibe su platita uno y le arreglan la AFP.

—¿Usted cree que algo ha-

**bría podido evitar la muerte de su padre?**

—Si hubiese llovido, sí, habría sido otro su pensamiento.

Una semana después del entierro se realizó la asamblea de socios de la agrícola, la primera sin Buenaventura. Su asiento estaba vacío y al iniciar la sesión se hizo un minuto de silencio. Estaban presentes los cinco socios, de los 22 fundadores que van quedando vivos. Fueron ellos quienes abrieron la conversación con historias de su amigo. Recordaron anécdotas divertidas y otras preocupantes. Su caso desnudó el estrés que están viviendo las familias afectadas por la falta de agua y alimentos. Todos coincidieron en que, además del forraje para los animales, allí también se necesitan psicólogos.

En la casa de Buenaventura Farías, todas las actividades que él realizaba parecen haber quedado suspendidas. Ya nadie lleva las cabras al monte, no prenden la radio a pilas para escuchar noticias, los perros ya no salen de la casa y ninguna persona aún ha vuelto a montar su caballo, un animal de 15 años, flaco y de pelaje negro, que en las costillas todavía mantiene la marca de los zapatos de su amo y la cincha que cruzaba su abdomen.

—El caballo sabe, presente lo que pasó —dice Orlando.

En el campo, los animales siguen muriendo. Por allí hay restos de tres vacas a las que ya solo les queda el cuero y los huesos secos desperdigados en la tierra. Hace una semana murió la última: uno de los tres terneros que no habían querido vender. A ese, dicen, lo mató la helada y la falta de leche materna. Su mamá es uno de los esqueletos descompuestos que hay por allí. Son los vestigios de lo que alguna vez fue el ganado de Buenaventura. S